qué

es

la

vocación

¿qué es la voca

El "simposion" se celebra todos los años un miércoles de julio.

De julio. Es la costumbre.

Un miércoles, porque él los lunes no habla ("hablé — dice — demasiado el domingo"), los martes confiesa a las tres comunidades de religiosas de la parroquia, los jueves hay "hora santa", los viernes ayuna, los sábados, vigilia de fiesta, y el domingo, imposible. Un miércoles.

Empezó a celebrarse cuando yo estudiaba primero de teología. Se nos hizo tarde, habla que habla, sin darnos cuenta, e improvisamos una comida elemental. El año siguiente quisimos celebrar el aniversario. Al otro, volvimos a conmemorar el doble aniversario, y ya está la "tradición" en marcha.

Año tras año nos hemos vuelto a reunir "un miércoles de julio". Sin plan concreto, sin esquemas, y siempre nos ha faltado tiempo. Se murmura lo imprescindible, pero tan poco que ojalá todos nuestros pecados terminaran aquí. Preside él. Normalmente habla poco, pero sabe encauzar y presenta el aspecto positivo de las cosas.

Bien quisiera yo poder transcribir el ambiente de amistad que se respira. Pienso, a veces, que si alguien pudiera vernos por un agujero saldría muy mejorado. La amistad entre sacerdotes es posible. La alegría entre sacerdotes es algo ¡tan natural, tan espontáneo! Quienes sólo nos ven una vez a la semana, en el altar, envueltos en latines, no sospechan esa vertiente de nuestra vida. Nos ven negros, porque sólo se fijan en el color de nuestra sotana. Porque nos ven desde lejos.

Este año el tema era obligado. Quien más quien menos había leído su media docena de obras sobre el concilio. Todos habíamos seguido los trabajos preparatorios día a día. Reinaba un sano optimismo.

Cuando la conversación empezaba a decaer — quizá era la hora — él se metió conmigo:

— Vosotros, los que estáis en los seminarios, tenéis la culpa. Sí, y en concreto tú que escribes.

— ¿La culpa de qué?

— De la falta de vocaciones.

Todos nos echamos a reir. Todos, excepto él, claro. Porque tiene salidas de éstas, medio en broma medio en serio.

— ¿Es que te refieres a tu seminarista de segundo de filosofía que lo acaba de dejar? Pues tú mismo dijiste...

— No, no me refiero a esto. No todos los que van al seminario han de ser sacerdotes. El seminario es para estudiar la vocación. Que la vocación no es algo macizo, como una maleta que se puede perder o te pueden quitar. Estoy conforme con que Luis lo haya dejado. No es para sacerdote. Pero sería un buen militante. Algo habéis mejorado en esto desde nuestros tiempos. Ahora los que lo dejan no salen esquinados.

Me refiero a esa literatura sobre la vocación a base de "llamada" por aquí, "voz de Dios" por allá, "venid y os haré pescadores de hombres"... y ¡venga con esto!

¿Tú crees que alguien sabe lo que es la vocación?...

El habla poco, pero cuando empieza no es fácil pararle. Es inútil. Todos comprendimos que quería decir algo que había rumiado despacio.

— Yo creo — y ya sé que mi opinión vale poco al lado de la de los "doctores"

ión?

de la santa Madre Iglesia — que la vocación no ha de presentarse como una llamada. Creen que bajará el niño Jesús y les dirá al oído: "Amiguito mío, te quiero sacerdote". El niño Jesús no tiene tiempo para esto.

La vocación, dijiste tú no hace mucho, es una amistad. Me gusta. Sí señor, es una amistad. Pero, normalmente ¿cómo empieza esa amistad? Desengañaos, la vocación es un microbio.

Nadie se atrevió ni a sonreir. Hablaba demasiado en serio.

— Es un microbio. Es algo que se contagia. Si no, fijaos: de los nueve que estamos reunidos, ¿cuántos tenemos un hermano sacerdote?

Efectivamente: de los nueve, cuatro teníamos un hermano sacerdote, dos una hermana religiosa, algunos un tío u otro pariente consagrado a Dios.

— No os habíais fijado, ¿verdad?... Y tampoco os habíais fijado que entre los doce apóstoles había dos parejas de hermanos.

He de deciros la verdad. Yo he averiguado esto por autodefensa. Temía haber influido en que mi hermano pequeño hubiese entrado en el Seminario. Me parecía falta de personalidad familiar que los dos únicos hijos, y no tenemos ninguna hermana, fuésemos sacerdotes. Hasta que descubrí lo de Pedro y Andrés, lo de Santiago y Juan. Ahora creo que es lo más normal. Creo que es lo mejor. Y pienso que se debe a algún microbio que heredamos. Hay padres y madres que con la vida transmiten microbios de vocación. Microbios que se propagan y desarrollan en un ambiente cristiano auténtico — de ahí el contagio entre hermanos y hermanas — y microbios que el egoísmo de una familia, el hedonismo de un ambiente, la poca ejemplaridad de un colegio o de una parroquia desgraciadamente pueden exterminar.

Por esto — y termino, que no hay derecho a un rollo como éste — yo te invito a que compongas unas letanías en las que se invoque a los santos sacerdotes hermanos. Serán largas. Cada vez más largas. Con sabor de hogar. Pedro y Andrés, Santiago y Juan, Basilio y Gregorio, Cirilo y Metodio, Leandro, Isidoro y Fulgencio, Bernardo y sus hermanos Guido, Gerardo, Andrés, Bartolomé, Nivardo...

Unas letanías que no están en los libros de piedad. Unas letanías que la Sagrada Congregación de Seminarios recomendará y la Sagrada Penitenciaría indulgenciará a manos llenas. Ya lo veréis. Y que las familias rezarán muchas veces en el templo de su hogar.

Yo creo que él tenía razón. La vocación es un microbio. Es algo que se contagia. Algo que desgraciadamente puede vacunarse.

Hoy mismo empiezo a preparar las letanías. ¿Os parece bien que junto a los nombres de los hermanos sacerdotes figuren también los nombres del padre y de la madre?

LOS PADRES Y LA VOCACIÓN

Antes, no era infrecuente que algunas familias cristianas «consagraran» a Dios a uno de sus hijos, uno en concreto. El padre Sauras tiene una página de antología explicando esa manera de actuar:

«Estuve destinado al sacerdocio desde el momento en que fui engendrado. Este destino, naturalmente, era condicional. "Si lo que va a venir es varón será como su tío." (La alusión se refería al tío Emilio, que hacía cinco años, recién ordenado, marchó a Méjico, de donde nunca vino y donde todavía vive lleno de años, de virtudes y de méritos.) Lo que vino era varón, y en ese punto y hora mi destino condicional se convirtió en absoluto.

La familia empezó inmediatamente a actuar conforme al destino que me había impuesto. Al bautizarme me impusieron el nombre del tío, para que fuera para mí un constante recordatorio y una constante admonición.

Fui el segundo de la familia. El primero, también varón, no nació con destino definido. Si hubiera querido hacerse sacerdote no hubiera encontrado oposición, estoy seguro. Pero no se decidió. Yo nací decidido por los demás.

La confabulación en favor de mi sacerdocio fue total. Coincidieron en ella los padres, los abuelos y los tíos. Para todos estaba la cosa clara: como el carácter bautismal segrega al hombre de la sociedad de los infieles y le adscribe de manera indeleble a la sociedad eclesial, el nombre de Emilio que me impusieron al cristianarme me segregó de la sociedad civil y me inscribió indeleblemente en la lista de los clérigos.»

Ahora las familias no suelen pecar por este extremo. Dejan libres a sus hijos. ¿Libres?

No creemos que los padres tengan que manifestar ante los hijos sus «ardientes deseos» de que alguno de ellos se consagre a Dios, ni siquiera que en la oración en familia tengan que rezar un padrenuestro por las vocaciones sacerdotales.

Los padres no son quienes para escoger la vocación de sus hijos. El que llama es Dios «pero hacen falta muchas cosas para que se le oiga». Los padres son los responsables de esas «muchas cosas» son responsables de la finura de oído.

La vocación no es un problema individual («¿Qué espera Dios de *mí*?»), ni algo exclusivamente moral («¿Oponerse a Dios es *pecado*?»), ni siquiera ha de plantearse preguntándose «¿Cuál es la vocación *mejor*?" Se pertenece a una Iglesia donde todo es mejor, donde se obra por amor, y en la que se vive como miembro.

La vocación es una amistad, es un servicio social, es un como «microbio» que sólo se da cuando la familia ha sabido crear un ambiente de «verdadera» libertad. Todos los hijos tienen vocación. Todos están llamados. Dios llama a cada uno por su nombre, y los hijos oyen Su voz cuando los padres han descubierto que la verdadera vocación es ser bautizado. Los hijos descubren entonces que ser «libre» y «servir» coinciden con «hacer Su voluntad».

Ilustraciones: Jesús Galdeano - *Texto:* Jorge Sans Vila

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Abril 1963 - Núm. 166

CENTRO DIOCESANO - DIPUTACIÓN, 231

B A R C E L O N A - 7

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL B. 3023 - 1958